ojearle á mi gusto. Sin este libro de nada ni de nadie dudaria.

Máximo, cada vez mas agitado, siguió á Genoveva al segundo piso, y franqueó con ella el umbral de la biblioteca.

X

Una gran mesa de ébano que ocupaba la parte central de la biblioteca del castillo de Gordes, veíase atestada de atlas, de albums, y de obras antiguas y modernas de todas clases.

Se veían entre aquellas obras los magníficos volúmenes que Raoul habia hecho traer de Paris para satisfacer una fantasia de su cuñada, ansiosa de estudiar la flora de los trópicos, de cuyas hermosas plantas existian un buen número en el invernadero.

Uno de aquellos volúmenes hallábase abierto, y la perfeccion de las coloreadas *figuradas*, pintadas á la acuarela por especialistas, atraian la atencion.

Genoveva fué derecha á la mesa, tomó el libro, volvió algunas hojas, y poniendo el dedo sobre un gravado, dijo al doctor:

—Mirad, señor. ¡Oh! el retrato es bien idéntico. Yo, que tan solo soy una ignorante mujer, lo he reconocido al primer golpe de vista.

Máximo miró á su vez, reconoció el arbusto cuya corrosiva sávia quemaba aun su lengua y dedo.

Aquello que Genoveva llamaba cándidamente el *retrato*, era la reproduccion exacta cual una fotografía del *tanghin* de Madagascar.

La descripcion detallaba las propiedades tóxicas del arbustillo, indicaba los síntomas característicos del envenenamiento, resultante de su sávia ó de la infusion de sus hojas, é indicaba los medicamentos usados por los naturales de Madagascar para combatir este ponzoñoso veneno.

—¡Ah! igualmente hallareis los demas—replicó Genoveva.—No falta uno solo.

Y volviendo de nuevo las páginas, la doncella hizo ver á Máximo el *euforbio* de Abisinia, *pandanus* de Java, y sucesivamente todos aquellos arbustos que mostraban incisiones.

Todos poseían propiedades terribles, todos ocupaban el primer rango en la jerarquia de los vegetales venenosos.

Máximo se sentia yerto de horror.

El pensamiento que se ofreció á su espíritu le causaba una indecible repulsion, y vanamente intentaba, si no de desecharla, cuando menos de combatirla. Pero ella volvia victoriosa; ella se imponia.....

Este pensamiento se retrató en sus primeras palabras.

—Genoveva—preguntó con voz muy baja, despues de un largo silencio,—¿sabeis si esos libros se encuentran en el castillo con anterioridad al enlace del señor de Gordes?.....

—No se hallaban—respondió sin titubear la digna doncella ó camarista.

—¿Estais segura?.....

—Completamente segura.

—¿De donde procede esa fijeza ó exactitud?

—El señor conde los mandó buscar á la estacion de Orleans; procedian de Paris. Subieron aquí el paquete, que era muy pesado.

Justino, el primer ayuda de cámara, deshizo el paquete y habló por la tarde en el oficio. Ya veis, señor Máximo, que es imposible que pueda engañarme.

—¿Cuanto tiempo hace de todo eso?

—Hace quince dias ó tres semanas, poco mas menos, antes de caer enferma mi querida señora.

Máximo se sobrecogió de nuevo.

La luz se hacia.

El asesino no habia, pues, perdido el tiempo para obrar. Se habia ocultado cuanto le fuera dable. El crímen aparecia inverosímil á fuerza de tanta impudencia; pero cierto es que los grandes culpables cuentan con frecuencia con que sus felices audacias les han de salvar, poniéndoles al abrigo de toda sospecha.

—Genoveva—replicó el doctor,—¿con qué coincidencia ha venido vuestra imaginacion á ocuparse de las cosas sospechosas que aquí se sucedian?

—Me parece que el Dios de bondad me ha tomado de la mano y me ha guiado, señor Máximo—respondió la doncella.—El dia en que por órden de la señora subí á buscar aquí al señor conde, distinguí desde lejos las pintadas imágenes, que me parecieron curiosas.... Al dia siguiente las examiné mas de cerca, ínterin el señor se hallaba fuera de casa y la señorita Renée velaba á mi querida ama. He creido reconocer ciertos follajes observados por mí en las estufas, á donde voy con frecuencia, pues soy amante de las flores. Queria persuadirme de que no me engañaba; bajé al jardin de invierno. Naturalmente ví las cortaduras... Por el pronto me asombraron, luego me inquietaron sobremanera, tanto más cuanto que observé que los solos arbustos que tenian incisiones se hallaban indicados en el libro como des-

tiladores de peligrosos venenos. Desde este momento mi imaginacion se concretó al estudio.... He pensado en la señora condesa, en su tan singular y complicada enfermedad, que vos ni vuestros colegas de Paris sabeis combatir, ni alcanzais á comprender.... Inmediatamente la idea de un crímen cruzó por mi cabeza; pero haciendo un desdeñoso movimiento, me preguntaba si estaba loca. Desechaba la idea; ella se iba, pero volvia á pesar mio.... No me abandonaba de dia ni de noche, fué en aumento, se apoderó de mi espíritu, y no me concedió momento de reposo; así es que no contaba con nadie con quien desahogarme, y por consiguiente he llegado á vos.... ¿He hecho bien, no es cierto, señor doctor?.....

—Habeis hecho bien—contestó Máximo.

—¿Y—continuó Genoveva—puedo preguntaros si pensais como yo respecto del crímen?

El médico vaciló.

Era indudable que participaba de la opinion de aquella digna mujer; pero no queria darlo á entender, temeroso de que cometiera alguna imprudencia; y deseando tener tiempo bastante para reflexionar antes de resolver, contestó de un modo ambíguo:

—¿Deseais saber si pienso como vos, Genoveva? Pues bien, sí y nó.

La criada le miró con asombro.

—Os lo decia hace poco, y os lo repito: todo cuanto ocurre en esta casa es sospechoso. Creo que se comete un crímen, pero es tan monstruoso que para llegar á una evidencia, y sobre todo para formular una acusacion positiva contra el presunto asesino, necesito nuevas pruebas, sérias, convincentes, mas aún de las que resultan de vuestras investigaciones. Las apariencias son contundentes, convengo en ello; pero es posible el error. ¡Cuantos inocentes no han sido víctimas de las apariencias! ¿Comprendeis, Genoveva?

—Sí, señor doctor.... sin embargo.... el libro, las incisiones.... los venenos.... el estado desesperado de la señora condesa.... todo esto es real.

—Muy real.... pero admitido el crímen, ¿qnién es el culpable? Lo ignoramos, y es preciso averiguarlo á todo trance.

—Sí, señor doctor.

—Cuento con vos.

—Estoy pronta. ¿Qué debo hacer?

—¿Teneis confianza en mí, Genoveva?

—Si no la tuviera, ¿os hubiera confiado mi secreto?

—¿Seguireis mis consejos?

—Obedeceré todas vuestras órdenes.

—Bien. En primer lugar, Genoveva, no digais á nadie lo que acabais de confiarme.

—No hay peligro de que diga palabra; dudaba, como habeis visto: temia pareceros loca.

—Obrad como si no desconfiárais ni sospecháraís. Producíos como antes del terrible descubrimiento.

—Pero señor doctor—dijo la pobre mujer,—yo no puedo permitir que se esté envenenando á la señora condesa ante mi vista, Siempre que le sea ofrecida una cucharada de medicina por la señorita Renée, ó por mí, temblaré ante la idea de que pueda producirla la muerte.

—No os alarmeis por esto, buena Genoveva. Tomaré mis precauciones.... ¿Vos sois la que prepara en el laboratorio las medicinas cuyas recetas firmo yo?

—Sí, señor doctor.

—¿Siempre sola?

—La señorita Renée me ayuda algunas veces, pero pocas.

—¿Y los criados del castillo?

—Nunca.

—¿La puerta de la farmacia está ordinariamente abierta?

—Nó, pero la llave está en la cerradura: se puede entrar cuando se quiera. ¿Hay que quitar la llave?

—¡Nó! Dejad las cosas como están. ¿Donde colocais las tisanas preparadas?

—En el primero de los dos gabinetes de to-

cador qne hay entre el departamento de la señora condesa y el de la señorita Renée.

—¿Siempre?

—Siempre.

—¿Los criados del castillo penetran alguna vez en esos gabinetes?

—Desde que la señora está enferma nadie pone los pies allí, excepcion hecha del señor conde, la señorita Renée y yo.

—¿Vá con frecuencia el señor conde?

—Alguna que otra vez.

—¿Habeis visto si coge las redomas?

—No lo recuerdo, porque no daba importancia á esto. Creo recordar, sin embargo, que un dia cogió el señor conde un frasco y le reconoció, como para asegurarse de la menor trasparencia del líquido.

—Yo procuraré que en adelante la señora condesa no tome medicacion alguna que yo no haya probado antes. Pero es necesario que nadie se aperciba de ello.

—¿Ni la señorita Renée ni el señor conde?—preguntó Genoveva.

—Ni una ni otro.

—¿Vais á decirles lo que pasa?

—Me guardaré bien, ahora por lo menos. Es preciso que el secreto no salga de los dos, Genoveva, para que no sospeche ni desconfíe el asesino.

—Teneis razon, señor doctor; y ahora que sabeis de donde procede el mal, ahora que podeis combatirle, salvareis á la señora. ¿No es cierto?

Y al hablar así, la pobre mujer unia sus manos en accion de súplica.

—¡Ah!—respondió tristemente Máximo,—temo que la obra maldita esté muy adelantada y que la salvacion sea imposible. Además, lo que sé no pasa de conjeturas. Pero no tardaré en averiguar la verdad. Haré cuanto me sea posible, y Dios mediante, venceré.

—Dios os ayudará, señor doctor, puesto que mi querida señora es uno de sus ángeles.

Máximo dejó á Genoveva, recomendándole de nuevo el silencio.

Fué á probar las medicinas, y nada encontró de sospechoso; se cercioró de que la situacion de la señora de Gordes no se habia modificado, y entró en su cuarto para reflexionar, porque en su cerebro reinaba el desórden mas absoluto, turbando su pensamiento.

XI

Máximo Giraud, lo repetimos, no podia ya conservar la mas leve sombra de duda acerca de la gravedad de la terrible situacion.

El envenenamiento era indiscutible.

No se trataba por él mas que de conocer al matador.

De pronto se dijo de una manera razonada, y en cierta forma instintivamente:

—¡El conde de Gordes es el asesino!

La lógica de los hechos condenaban á Raoul. Las circunstancias por nosotros relatadas en el presente capítulo, constituían contra el marido de Juana todo un haz de presunciones equivalentes casi á pruebas.

El móvil del crímen cierto es que no aparecia aún de manera muy distinta, y el doctor se hallaba reducido á conjeturas; pero la reflexion, y hasta el mismo pasado del conde, daban á aquellas apreciaciones un espantoso sello de probabilidad.